

Señor Director de "Rayas",
"El Universal", Caracas.

30

Señor mío:

En el tiempo que llevo en Caracas he podido apreciar la influencia que en la opinión pública ejerce la sección que usted conduce en El Universal. Al correr las rutas venezolanas he hecho algunas observaciones. No me resisto a la acometida de trasladárselas, entre otros motivos por que un vasco no puede sentirse extraño en el país presentado al mundo por Lope Aguirre, La Guipuzcoana, Miranda y Bolívar.

He visto el monumento de Carabobo. Tiene la gracia del equilibrio y la ponderación. Sus piedras forman parte de la tierra a la que están adheridas con acierto. Prebendí almorzar allí, encontrando un botiquín que obedece al nombre de "Ya hay". Hay en él, sin duda, buena voluntad. Falta casi todo lo demás que uno pueda desear. No encontré allí ni siquiera fruta del país. ¿Es que la Administración no puede proveer, junto a la joya monumental de Carabobo, de un restaurant discreto, limpio, adecuado? ¡Aquí donde han sido sembrados por las carreteras los hoteles de ensueño que yo he visitado!

Se invierten caudales inmensos en rutas esplendidas sobre las que se rueda con delecto. Para realizar la construcción de esas pistas, se tomaron tierras a préstamo en sus linderos. En el hueco que aquellos préstamos dejaron abierto existen charcas cuya misión es propagar la malaria y arruinar el firme de la propia carretera. Con poco esfuerzo económico pueden hacerse desaparecer esas charcas, y con una adecuada regulación impedir que se produzcan en lo sucesivo.

Algunos puentes han sido reconstruidos. Pienso que las crecidas volverán a llevarselos. Nacen isletas en sus álveos y sobre ellas crece una vegetación tropical. Costaría poco esfuerzo quemar con petroleo esa vegetación y remover con dinamita el terreno sobre el que se asienta, para que las avenidas, en lugar de poner en peligro los puentes, limpien el cauce de los ríos.

Los estribos de los puentes, que fueron castigados con las recientes erosiones, han sido cubiertos y defendidos. Pero en esa defensa deja de utilizarse un recurso que la experiencia ha acreditado: es la construcción de espigones ordenados en sesgo, contra corriente, para que los arrastres de los ríos, en lugar de lamer peligrosamente los camientos de aquellos estribos, los cubran y protejan con su sedimento.

Las tajeas y alcantarillas dan la sensación de haber sido construidas para salvar cauces que no arrastren la enormidad de cantos rodados que están a la vista en las quebradas. Corren peligro de quedar cegadas con aquellos arrastres, dando lugar a que la carretera se inunde en futuras avenidas. ¿Por qué no preveer el evento, construyendo más altos los puentes, de manera que las máquinas puedan limpiarlos y no ofrezcan peligro de inundación las rutas?

La obra de fábrica de tajeas y alcantarillas es escasa a ojos vistas. Con frecuencia se encuentra al aire y resquebrajada. Los derrumbes y socavones a que dará lugar el sistema, costarán mucho más caros que una construcción adecuada inicial.

He preguntado los motivos por los cuales el sistema de grúas del puerto de La Guaira no es utilizable. Me dicen que existe una falta de congruencia entre esas máquinas y su sistema motor. ¿Tan difícil es remediar aquella desarticulación? Sería además conveniente evitar la sensación de desorden que produce el espectáculo de unas grúas instaladas que solamente sirven de adorno y que tal vez puedan estropearse antes de comenzar a ser utilizadas.

Perdoneme que me haya alargado y crea en mi buena voluntad.

UN VASCO